

## Entrada Libre

### Mi “prima loca”, la pintora surrealista Leonora Carrington

Joanna Moorhead

El 6 de abril de 2017, fecha en la que la artista y escritora Leonora Carrington (1917-2011) habría cumplido cien años de nacimiento, empezó a circular la biografía *The Surreal Life of Leonora Carrington* (Virago), obra de la periodista Joanna Moorhead, coautora de *Surreal Friends: Leonora Carrington, Remedios Varo and Kati Horna*, así como de la exposición que con ese mismo nombre se presentó en Pallant House Gallery y en Sainsbury Centre for Visual Arts, entre junio y diciembre de 2010. Moorhead vino a México en 2006 a dar fe del aprecio y respeto público del que aquí gozaba Carrington, y a partir de entonces trabajó en la biografía de su prima Leonora. Eso y más detallan los siguientes párrafos, publicados originalmente en *The Guardian*, del 25 de marzo de 2017. Nota y traducción de Antonio Saborit.

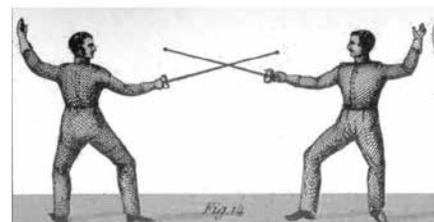
**E**N CASI TODAS LAS FAMILIAS han muerto los fantasmas; pero en la mía, por alguna parte, nuestro fantasma aún seguía con vida. Se llamaba Prim y nos dejó un día de otoño de 1937, con apenas veinte años. Prim era la silla vacía en la comida de los domingos. Era la tía que no apareció en los bautizos de sus sobrinos y de su sobrina. Era la prima que no llegó, otra vez, al último funeral de la familia. Y de pronto estaba en la vidriosa mirada distante del rostro de la tía abuela Maurie, su madre.

En mi infancia nunca oí que se dijera algo bueno de Prim. Según nuestra familia, no estuvo a la altura, era desleal y peligrosa. Era una criatura imposible, una chica salvaje, un rompecabezas indescifrable de muchacha; una joven que se rehusaba a contenerse y que, en cierto momento, al crear un desastre mayor que el que cualquier familia habría sido capaz de soportar, sencillamente se fue con la caída de la tarde. Estos fueron los pedazos que recogí con Maurie, con mi abuela Miriam (tía de Prim) y con Gerard, hermano de Prim (el mejor amigo de mi padre y su primo, un visitante regular en nuestra casa cuando yo crecía). Prim, según la versión familiar, sencillamente se rehusó a embonar: la expulsaron de distintas escuelas, fue incapaz de hacerse de un marido en su tiempo de merecer y luego se vio en medio de un escándalo tan fuerte que mi tía abuela y mi abuela, al cabo de varias décadas, seguían impresionadas. Si se le preguntaba a alguno de la familia, decía que los demás siempre se comportaron razonablemente bien. “Lo cierto es que no fuimos nosotros”, me dijo una de mis primas, años después. “Fue Prim; por ella todo salió mal”.

Siempre hay dos versiones para todo; pero cuando tú eres el que se va de la familia sólo queda una de ellas. Y esa versión, vuelta a contar por la gente a la que lastimaste y horro- rizaste, se va embelleciendo y complicando. Dejas atrás el recuerdo de tus propias faltas y errores y conservas lo bueno, y el personaje se fortalece junto contigo con tu propio equipaje. O eso al menos era lo que parecía haber sucedido con Prim. Lo más triste de todo, tal y como lo fui a descubrir, es que tu propia historia se detiene el día de tu partida. Lo que luego te suceda —por brillante que sea lo que hagas, sea lo que sea que hagas contigo— ocurre en un universo paralelo con el que tu familia no está ni conectada ni interesada, ni siquiera es consciente de que existe.

Y sin embargo, la familia nunca deja de interesar; los lazos genéticos, hasta los que fueron negados por décadas, no se pueden romper. Así que cuando Prim me abrió la puerta en octubre de 2006 en la Ciudad de México, a cinco mil millas de distancia del Lancashire en el que ambas crecimos y sesenta años después de su partida, me di cuenta de algo completamente inesperado. La había ido a buscar por gusto, tras una charla casual sobre lo famosa que era como artista en el país de su adopción. Soy periodista, siempre en busca de una buena historia —y esta historia sonaba muy bien.

La prima renegada de mi padre, cuando me puse en comunicación con ella por medio de la red, no sólo se fue para ser la modelo de un artista, como alguna vez me dijo mi abuela: se



*Su obra fue redescubierta por los historiadores del arte; las mujeres surrealistas fueron “recuperadas”, reconocidas por su propio talento más que por su papel de musas.*

había ido por amor, el amor por uno de los mayores artistas del siglo XX, Max Ernst. A su lado estuvo en el corazón del movimiento surrealista en París en la década de 1930. Cuando los separó la Segunda Guerra Mundial, ella estuvo encerrada un tiempo en un asilo español; y luego, para mayores aventuras, se fue a Lisboa, en donde se casó con un diplomático mexicano y viajó con él a su país. Pero ahí, en donde se detenía la versión familiar, continuaba el resto de la vida de Prim: durante las siguientes seis décadas, residiendo a veces en México y a veces en Estados Unidos, estuvo en el centro de un pequeño grupo surrealista femenino. Pintó óleos y creó esculturas y escribió relatos y novelas: se convirtió en la mujer renacentista (desconocida) de la familia. Por décadas fue relativamente desconocida: el mundo del arte la pasó por alto y los comerciantes no le hicieron caso. Pero de pronto, en sus ochenta, de manera lenta pero segura, encontró la fama. Su obra fue redescubierta por los historiadores del arte; las mujeres surrealistas fueron “recuperadas”, reconocidas por su propio talento más que por su papel de musas. Y al empezar el siglo XXI se convirtió en una suerte de tesoro nacional en su país adoptivo: celebrada, admirada y honrada por sus fabulosos logros.

Era una historia genial y me puse a buscar a Prim con la esperanza de saber más al respecto y contarlo en estas páginas. Pero en ese momento, ante la puerta de su casa, y en los siguientes días entendí, para mi sorpresa, que la expedición en busca de mi prima extraviada tenía muy poco que ver con el periodismo y mucho con el hecho de ser familia. En su rostro vi rasgos de mi padre y de otros parientes, así como en sus gestos y —en especial— en su sentido del humor, y sentí que ella experimentaba una relación similar a la mía. A diferencia de toda la gente a la que entrevisto, con la que tengo que construir un vínculo, con Prim ya existía la relación; no tenía ni siquiera que ensayarla.

Al instante me di cuenta de que nunca la entrevistaría. La primera vez que saqué mi cuaderno de la bolsa, lo vio y tembló. Le expliqué que tenía que tomar apuntes porque iba a escribir un artículo sobre ella. “Escribe el artículo si así lo deseas”, dijo, “pero puedes guardar eso. Aquí no eres una periodista”.

Y descubrí que me emocionaba no ser periodista. Escribí mi artículo sobre ella pero luego regresé a verla —y otra vez, y muchas veces más. Para darme un pretexto para realizar todas estas visitas, tramé un proyecto de exposición con una galería en el Reino Unido: la primera exposición en veinte años de su obra en su país natal, conmigo como co-curadora. Enfrenté en casa las tormentas de protesta de mi esposo y mis cuatro



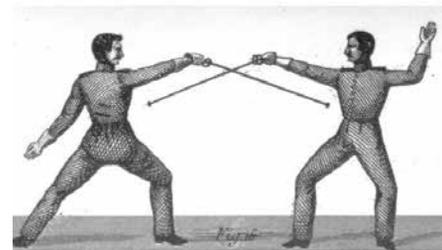
hijos: “¿Qué? ¿Vas a regresar a México *otra vez*?” —y me conseguí trabajo que pudiera llevar conmigo, chambas que pudiera realizar en mi cuarto de hotel a las cinco de la mañana antes de ir a ver a Prim al medio día. Y al cabo de un tiempo dejé de preguntarle sobre su vida con Ernst y Picasso y Dali y Duchamp y Miró, pues me interesaba menos lo que ella *había sido* que en lo que se convirtió.

Su fama en México, por entonces, era obvia. A veces íbamos juntas a restaurantes elegantes, o a la inauguración de alguna exposición, y entonces ella era el centro de atención: la excéntrica artista inglesa vestida toda de negro cuyas raras y escalofriantes pinturas se fundaban en su pasado europeo, aunque atadas también de manera intrínseca a su presente mexicano. Pero la mayor parte del tiempo hacíamos cosas comunes y corrientes: tomar té en la mesa de la cocina, ir al supermercado, disfrutar los *tamales* en la cafetería ubicada a la vuelta de la esquina, beber tequila después de cenar.

Prim había hecho su propia familia en México: dos hijos, a quienes conocí también en la última década. También tenía nietos, aunque algunos vivían en el extranjero: pero lo que no tenía, habiendo renunciado a ella muchos años atrás, era una familia amplia. Así que en el tiempo que pasamos juntas a esa gente fue a la que traté de representar: gente como mi abuela y otros miembros de la familia que habían querido a Prim —estoy segura de esto— pero a quienes intrigaban sus decisiones y actos, y en realidad nunca los entendieron.

Y al final, me gusta pensarlo así, eso fue lo que hice para Prim, el fantasma de la familia: oí su versión. No entendí todo, desde luego (“soy tan misteriosa para mí como para los otros”, me dijo una vez) pero la escuché y aprendí. Lo hice por mí, pues reconocía en ella una gran sabiduría, alguien que había llegado a rozar lo más profundo de la experiencia humana; pero también lo hice por todos esos parientes que dejó atrás. Oí por qué se tuvo que ir; por qué se sentía encerrada y limitada, como la mujer momificada en su pintura *Green Tea*, y cómo supo que si debía vivir su destino como artista la única alternativa era irse.

Lo primero que me dijo fue en cierto sentido lo más importante que me llegó a decir. Ella ya no era Prim, me dijo: a Prim la dejó atrás y volvió a ser la que era al principio, antes de que el apodo familiar se impusiera: Leonora. Así que siempre le dije Leonora: al hacerlo le mostraba mi respeto no a la persona que fue con nuestra familia, tampoco al fantasma, sino a la artista brillante y complicada y talentosa que se volvió para el mundo: la renombrada Leonora Carrington.

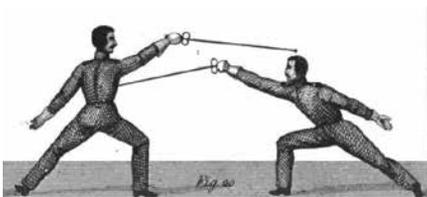


Es curioso que desde su muerte en 2011 me encuentro pensando en ella unas veces como Leonora y otras como Prim. Me gusta creer que las dos personas algún día se reconciliarán. Lo extraño sobre su obra, en tanto que se desterró y viajó por medio mundo para alejarse de nosotros, fue que su infancia y su familia fueron constante marco de referencia, a las que volvió una y otra vez en sus pinturas y escritos. Leonora recorrió un largo trecho para alejarse de Prim; y sin embargo, Prim le dio a Leonora material para toda una vida. Amarga ironía que con toda seguridad no se le habrá escapado a ella.

Y luego está la ironía de que yo, parte de la familia que ella dejó, terminara invirtiendo una década de mi vida tratando de abogar por su obra. Al final tal vez lo más importante que hice fue estar orgullosa de ella: orgullosa a nombre de todos nosotros, la familia que ella dejó atrás. También me gusta pensar que, si bien no tengo ningún derecho a afirmar esto en su nombre, restauré una pizca de su fe en un vínculo que ella trató de romper y al que estuvo inextricablemente atada. Esto otro lo sé de cierto: confió en mí (un sentimiento que ella no esperó sentir por ningún miembro de su familia) y yo confíé en ella. En su cocina en la Ciudad de México, al cabo de seis décadas del corte sísmico que la apartó de nuestra familia, reavivamos algo muy querido y significativo, algo que a ambas nos conectó gracias a las raíces compartidas.

## La fábula de Edward Snowden

**Edward Jay Epstein**



El primer título de Edward Jay Epstein, *Inquest: The Warren Commission and the Establishment of Truth* (1966), apareció cuando él tenía 31 años de edad y desde luego ignoraba que sería el primero de varios que dedicó al asesinato de John F. Kennedy. A partir de entonces vivió dividido entre el estudio, la enseñanza de ciencias políticas y el periodismo, época a la que pertenecen títulos como *Counterplot* (1968), *News from Nowhere*, *Television and the News* (1973) y *Between Fact and*